

convencerlos aumenta su pertinacia: enfurécense doblemente al ver la gloria del Unigénito, y su magnificencia despierta en ellos mayor envidia. Su única aspiracion es adquirir tanta grandeza, y vuelven á colocarse en órden de batalla, confiados en triunfar por la fuerza ó por la astucia, y en vencer finalmente á Dios y su Mesias; y cuando no, hundirse para siempre en universal ruina; que no es dado á su altivez huir ni retirarse ignominiosamente, sino provocar el postrer combate. Por lo que el Hijo de Dios, dirigiendo su voz á uno y otro lado, habló así á sus cohortes:

«Permaneced ¡oh santos! en vuestra gloriosa actitud, y vosotros, ángeles, continuad armados: hoy descansareis de vuestras fatigas. Habeis probado ya vuestra fidelidad y mostrádoos aceptos á Dios, defendiendo su justa causa y ostentando á fuer de invencibles los dones que habeis recibido de él. Pero el castigo de esa maldecida grey queda reservado á otro brazo, porque la venganza corresponde al Señor ó á aquel á quien la confía. Lo que hoy ha de suceder no será obra que lleven á cabo el número ni la muchedumbre; y si estais atentos, contemplareis cómo me hago yo ministro de la indignacion divina contra esos impios; que no os han ofendido á vosotros, sino á mi, haciéndome objeto de su envidia. En mi tienen puesto su encono, porque el sumo Hacedor, de quien es el poder y la gloria de este imperio, me ha elevado á esta grandeza por efecto de su voluntad; y á mi, por lo tanto, me ha encomendado su castigo. Desean que cada cual probemos en nueva batalla nuestro poder, ellos contra mi solo, y yo solo contra todos ellos; y pues la fuerza es su único recurso, y no ambicionan otro timbre ni reconocen mayor virtud, sea la fuerza la que decida.»

»Al acabar de decir esto, revistióse su faz de un aire tan sombrío, que infundia terror, y dando rienda suelta á su cólera, se precipitó sobre sus enemigos. Cubriéronle al mismo tiempo con sus alas incrustadas de estrellas, que hacian más pavorosas las tinieblas de alrededor, los cuatro querubines que sostenian su carro. Ya giran las ruedas de éste con un estruendo parecido al de un torrente ó un ejército numeroso, y arrebatado de su ardiente impetu, y formidable como la noche, vuela hácia sus contrarios. Conmoviase á su paso el tranquilo Empireo de uno á otro extremo, y todo retemblaba y vacilaba, excepto el trono de Dios. Presto se vió entre ellos, y empuñando en su mano diez mil rayos, que arrojó delante de si, quedaron acribillados de heridas los rebeldes. Llenáronse de pavor; perdieron todo aliento, toda esperanza de resistencia; cayéronseles las armas de



POR FIN ABRIÓ EL INFIERNO SU BOCA, LOS TRAGÓ Á TODOS Y VOLVIÓ Á CERRARLA.

las manos. Alfombra de sus plantas fueron los escudos y yelmos y aceradas frentes de todos aquellos tronos, potestades y serafines, que derribados ahora de su soberbia, hubieran deseado ver otra vez sobre sí el peso de las montañas, para no ser blanco de tan implacable encono.

»De los ojos de los cuatro querubines y de los innumerables que cubrían también las animadas ruedas, salían por todas partes rayos abrasadores. Un mismo espíritu los dirigía; cada uno de aquellos ojos era un horno encendido que fulminaba fuego contra los malvados, los cuales, faltos ya de fuerzas y del vigor que antes los animaba, caían vencidos, medrosos, confusos y aniquilados. Y sin embargo, no apuró el Hijo de Dios su rigor con ellos, contentándose con desatar á medias el trueno de su venganza, dado que no se había propuesto destruirlos, sino expulsarlos de la celestial morada; y así les permitió reponerse de su posturación, y los ahuyentó como un rebaño de timidas ovejas reunidas por el miedo. El terror y las furias los aguijaban; y al llegar á la muralla de cristal que formaba los límites del cielo, abrióse este de par en par, y puso ante su vista la inmensa sima del infinito abismo que los aguardaba.

»¡Qué espectáculo tan espantoso! El horror los hizo retroceder, pero mayor era aún el que los impelia hacia adelante. Ellos mismos iban precipitándose al llegar al borde de la celestial orilla, y la maldición eterna los empujaba para más apresurar su ruina. Oyó el infierno aquel fragoroso estrépito, como si se derrumbase el cielo del cielo mismo, y hubiera huido amedrentado, si el inflexible Destino no hubiera ahondado bien sus negros cimientos, ligándolos con cadenas indestructibles.

»Nueve días estuvieron cayendo. Rugió trastornado el Caos, y sintió diez veces doblada su confusión con el estridente tumulto de aquel estrago, que acumuló tantas ruinas y destrozos. Por fin abrió el infierno su boca, los tragó á todos, y volvió á cerrarla; el infierno, propia morada suya, lugar de dolores y penas, sembrado de inextinguible fuego. Y el cielo se regocijó, ya pacificado, y unió de nuevo sus muros, reduciéndolos á sus límites.

»Quedando vencedor por sí solo con la expulsión de sus enemigos, retiró el Mesías su carro triunfal; y enajenados de júbilo salieron á su encuentro todos los santos, que hasta entonces habían contemplado silenciosos é inmóviles sus admirables hechos. Marchaban rodeándole con ramos de palmas, y cada una de aquellas brillantes jerarquías entonaban cánticos de triunfo, cánticos al Rey victorioso,

al Hijo, al heredero del Padre, al Señor cuyo dominio acataban, al más digno de poseerlo. Al compás de estas aclamaciones, atravesó por en medio del cielo hasta el palacio y templo de su omnipotente Padre, sublimado sobre su trono, que le recibió en el esplendor de su gloria, donde está hoy sentado á su diestra, en inmortal bienaventuranza.

»Hè aquí cómo, asemejando las cosas del cielo á las de la tierra, para satisfacer tus deseos, y á fin de que puedas aprovecharte de las lecciones de lo pasado, acabo de revelarte lo que en otro caso quizás hubiera ignorado para siempre la raza humana: la discordia y guerra que se suscitó en los cielos entre las angélicas potestades, y la eterna ruina de los que llevados de una desmedida ambicion, se asociaron con Satan en su rebeldía. Envidioso de tu felicidad, anhela hoy éste apartarte asimismo de la obediencia á tu Criador, para que desheredado como él de tu dichoso estado, vengas á merecer su castigo y caigas en su perpétua miseria. Su mayor venganza, su único consuelo sería poder ultrajar al Altísimo, haciéndote á ti participe de su error y de su pena. No des jamás oído á sus tentaciones; prevén esto mismo á tu compañera; ten presente el terrible ejemplo que has oído, el castigo en que incurren los inobedientes. Ellos hubieran podido ser siempre venturosos, y se perdieron. No te olvides de esto, y teme ser contado entre los rebeldes.»

LIBRO SÉPTIMO

ARGUMENTO

Accediendo á los ruegos de Adán, cuéntale Rafael cómo y por qué fué creado este mundo: que habiendo Dios expulsado del cielo á Satan y á sus ángeles, declaró que le placía crear otro mundo y otras criaturas que habitasen en él; y así envía á su Hijo circundado de gloria y acompañado de angélicos coros, para que en el espacio de seis días realice la obra de la creación. Al compás de sus himnos celebran los ángeles esta nueva maravilla, y la reascension del Hijo á los cielos.

Desciende del cielo, Urania, si es bien que te invoque con este nombre. Siguiendo tu voz divina, me remonto más allá del Olimpo, sobreponiéndome al vuelo de las alas del Pegaso. No me contento empero con invocar tu nombre: invoco tu inspiracion, porque ni tú te cuentas entre las nueve Musas, ni moras en la cumbre del antiguo Olimpo. Nacida en el cielo, ántes que apareciesen los montes, ántes que brotaran las fuentes de sus manantiales, tú conversabas con tu hermana, la divina Sabiduria, y con ella te recreabas, en presencia del Omnipotente Padre, que se complacia en oír tus celestiales cánticos. Transportado por ti, aunque habitador terrestre, al cielo de los cielos, he respirado el aire empireo que para mi templabas. Sostenme tambien ahora, y vuélveme á mi nativo elemento, no sea que al impetu de este desenfrenado bridon en que cabalgo, caiga, como Belerofonte ¹ un día, bien que él no penetrase en region tan alta, y dé conmigo en los campos aleyos, para vagar allí desamparado y en completo olvido.

Estoy aún á la mitad de mi canto, pero reducido ya á limites más estrechos, cuales son los de una divina y visible esfera. He descendido á la tierra, abandonando las regiones allende el polo, y cantaré más seguro y con voz humana, sin temor de que enronquezca ni quede muda, á pesar de haberseme deparado tan aciagos días. ¡Oh! y ¡qué aciagos, viéndome rodeado de dañinas lenguas, de

(1) Belerofonte, hijo de Glauco, rey de Corintia, ó de Neptuno, que habiendo vencido á la Quimera en el caballo Pegaso, quiso con éste subir al cielo, y Júpiter le despenó en castigo de su temeridad; despues de lo cual anduvo errante por los campos aleyos ó de Alé, en la Licia.